

La niñez y el domicilio de la belleza

Un ensayo sobre la importancia de que chicos y chicas accedan a la literatura, en contextos atravesados por la dificultad



Ana Gómez*

Resumen

El presente artículo analiza la experiencia de los talleres literarios en una Casa de Abrigo y un Centro de Desarrollo Infantil del municipio de Morón. Intenta fundamentar el por qué y el para qué de esos espacios, tomando aportes de especialistas en el tema.

Se presta especial atención a los aprendizajes surgidos de la práctica situada, observando posibles efectos de los talleres sobre la creación y expresión literaria de chicos y chicas, pero también sobre sus vínculos interpersonales, la construcción de su identidad, la interpretación de la historia de su comunidad y el desarrollo de fortalezas personales para hacer frente a las realidades que atraviesan.

Sobre estas últimas, el artículo subraya ciertas condiciones del contexto que inciden sobre las experiencias vitales, como ser la desigualdad social, la profundización de las violencias, el deterioro de la salud

* Licenciada en Trabajo Social (UBA). Coordinadora de talleres literarios para niños, niñas y adolescentes en la Casa de Abrigo Municipal y en el Centro de Desarrollo Infantil del Barrio Carlos Gardel, ambos dispositivos de la Subsecretaría de Niñez y Juventudes de la municipalidad de Morón. Coordinadora del taller de lectura y escritura y del taller de producción y edición literaria, dictados en el marco del dispositivo Recuperación en Comunidad de la Asociación Civil Proyecto Suma de Asistencia y Rehabilitación en Salud Mental. Docente de la materia Problemas Sociales Argentinos, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y de la materia Sociología II, en la Universidad Nacional de Moreno. Autora de los libros de poesía Amor o Barbarie, Pibxs Rot@s, Algo tan breve como decir Ana, Tren y Campo llano, entre otros.

mental, la pantallización de la vida cotidiana, que impacta sobre el despliegue sensorial de chicos y chicas y sobre las relaciones entre pares e intergeneracionales.

En algún punto, el artículo podría interpelar la agenda de las políticas de niñez, jerarquizando las acciones vinculadas con el arte, el juego y la cultura, que habilitan la construcción de cierta armonía con el entorno, promoviendo el bienestar y enriqueciendo la posibilidad de ser y estar en el mundo.

Palabras clave: literatura - niñez - imaginación - palabra propia - territorio - cuidado

Introducción

Cada uno de nosotros sabe que nada somos sin los otros y que la vida es breve y no nos deja llevarnos nada al otro lado salvo el mérito, es decir, el haberlo intentado. Y nada nos asegura la verdad pero el rostro del otro nos confirma si lo hemos sostenido o negado. Siempre es política la poesía. La compasión, dije, como condición de posibilidad de la poesía, como gesto político y poético: de eso se trata. De aquel gesto mediante el cual sostenemos a otro, a cualquier otro, lo escuchamos. La escritura, más que monólogo, es conversación, y más que habla, es escucha.

Diana Bellessi en *La pequeña voz del mundo*

¿Qué puede hacer la literatura para conversar con las niñeces en medio de la dificultad? ¿Qué puede ofrecer un taller literario en un mundo atestado de pantallas, ruidos, desencuentro? ¿Para qué desarrollar la propia palabra en una época de aislamiento, deterioro de los vínculos humanos y descuido del ambiente? ¿Por qué un cajón de frutas pintado, lleno de libritos, cartones, hojas, lápices, se convirtió en la caja de herramientas de una trabajadora social?

Con este artículo quiero compartir algunas preguntas y reflexiones que me acompañan en los últimos años, en los que trabajo coordinando talleres literarios con niñeces y adolescencias, en dos dispositivos municipales del partido de Morón: una Casa de Abrigo y un Centro de Desarrollo Infantil.¹ Cabe

¹ Las Casas de Abrigo son instituciones que alojan niños y niñas sin cuidados parentales, es decir que son espacios convivenciales. Los Centros de Desarrollo Infantil (CDI), en cambio, reciben niños y niñas para la realización de actividades educativas y recreativas en el espacio comunitario. El CDI en el que coordino el taller se ubica en un territorio atravesado por la vulnerabilidad socioeconómica y habitacional. Aclaro que los talleres se realizan en estos dispositivos porque mucho de lo que ocurre tiene que ver con las características propias de este tipo de organizaciones, pero las reflexiones vertidas en este artículo corren por mi cuenta, no comprometen a los equipos municipales, a quienes agradezco la confianza de permitirme realizar este trabajo

aclarar –porque creo que explica mi perspectiva– que primero fui trabajadora social en estos espacios y ahora, sin certezas, pero con una gran intuición, soy “la profe” del taller literario. Tal vez porque la poesía me mejora la vida y quiero compartir ese gusto con los chicos y chicas o tal vez por buscar con qué otras palabras abordar el asunto de la historia, la identidad, la comunidad, el miedo, el disfrute, las violencias, el amor, las pérdidas, la tristeza, las fortalezas, el presente y el futuro.

Esta búsqueda personal, que, gracias a compañeros y compañeras del municipio, hoy tiene asidero institucional, derivó en la necesidad de encontrar fundamentos que avalaran la tarea, y en eso estoy, leyendo a especialistas y estudiando las formas que puede tomar la lectura y la escritura en la niñez. En lo que sigue intentaré compartir algunas ideas en torno del qué y el para qué de lo que hago, a modo de ensayo.

La maquinita de explicar las cosas

Un día me encontré en la calle un molinillo de café. Se me ocurrió que podía servir a la fantasía y lo llevé al taller. Les dije a los chicos que era una máquina de explicar las cosas, que tenían que dar diez vueltas a la manivela y abrir el cajoncito, para sacar un papel que les indicaría qué era lo que tenían que explicar. Antes de eso leímos varias de las definiciones que Pablo Bernasconi ofrece en su libro *La verdadera explicación* (2012) para entender, por ejemplo, la risa, el viento, las pesadillas, el infinito, la paciencia. Esa tarde aprendí que “la felicidad es tener un patito o un gatito bebé en las manos”, que también es “soñar una cosa que te gusta, como una bicicleta”; aprendí que “el amor es algo inesperado, lindo, hermoso, y a veces malo, feo, horrible”; que “las arrugas pueden crecer en la frente como les pasa a los papás o caer por el costado como les pasa a las abuelas” y que “los niños no tienen arrugas porque son nuevitos y vienen con los cachetes inflados”. Aprendí también que “la mirada se conecta con un cosito que va desde los ojos por atrás hasta una caja donde guardamos lo que queremos ver” y que “la mirada a veces se entristece como cuando ves un helado y no te lo compran”.

Los talleres literarios me permiten escuchar a chicos y chicas, sus razonamientos, su convicción sobre el funcionamiento del mundo. Reunidos en torno a diferentes historias, cuentos, poemas; convocados por consignas en las que se usan los oídos, los ojos, pero también –y fundamentalmente– las manos, nos encontramos en una conversación que tiene un ritmo propio, un tiempo diferente para el lenguaje y los sentidos. En los talleres hay códigos de expresión y de escucha que habilitan un espacio otro, regido por las reglas de la fantasía, de lo sensorial. Es que la palabra poética permite volver a preguntarse por el mundo que se habita, mirarlo con extrañeza, buscar otros nombres para las cosas. Ofrece andar un terreno ficcional que amplía los márgenes de interpretación del entorno, validando las ocurrencias creativas, dándoles el lugar de la importancia.

La centralidad que adquiere la mirada, la escucha y la palabra, el contacto humano y el juego en la niñez es fundamentada por múltiples disciplinas a lo largo de los años y no me extenderé en ello. Lo que quiero es aportar, desde una experiencia concreta y singular, a ese planteamiento superador que resalta el valor de la palabra poética en esta etapa de la vida. Liliana Bodoc señala la relevancia de la

metáfora en la niñez aludiendo a que todos somos seres poéticos, ya que aquello que más nos duele, que nos sangra, nuestra condición mortal, solo podemos expresarlo a través de la poesía.²

Me gusta reconocer ese aspecto de la esencia humana para interpelarnos sobre lo que debemos garantizar a chicos y chicas para su desarrollo y crecimiento, para su bienestar. Busco que los talleres literarios nos permitan habitar un rato otras coordenadas, promoviendo la capacidad humana de imaginar, de crear. Y que ese andar paralelo, de la mano de personajes, situaciones y paisajes, enriquezca las sensaciones, abra la percepción a partir de los sentidos. Si algo de lo que ocurre en los talleres nos posibilita tener más palabras para presentarnos ante el mundo, conocer nuestra comunidad, interpretar la historia, nombrar las dificultades, resignificar lo que ocurre como un imponderable y construir una sensibilidad respecto del entorno que nos tiene, habilitando canales de comunicación y expresión, creo que vale la pena este trabajo. Y si no fuera para tanto, y lo que en verdad permite el espacio es un rato de bienestar como el que produce la lectura, la escritura, la ilustración, la música, la interpretación escénica y la creación plástica, creo que vale la pena también, porque todos necesitamos del contacto con la belleza para transitar este mundo, llevando a cuestas la propia experiencia.

El concepto de “casa imaginaria” fue propuesto por Graciela Montes (1999) para referirse al espacio simbólico que se construye con la lectura, la palabra y la imaginación. Es un lugar interior, compartido y afectivo, donde habitan las historias y donde cada lector puede refugiarse, reconocerse y encontrarse con otros; es el ámbito en el que la literatura cobra sentido vital y social.

Yolanda Reyes (2017) retoma y amplía esta idea refiriéndose a la formación de los primeros vínculos y el desarrollo emocional y simbólico de los niños. Para ella, la “casa imaginaria” se empieza a construir desde la infancia, en el diálogo entre adultos y niños, en las palabras dichas, leídas o cantadas que preparan el terreno para el pensamiento, el lenguaje y la lectura. De esta forma, enfatiza el juego simbólico temprano –arrullos, rimas, narraciones orales– como fundamento para “habitar” la casa imaginaria desde la infancia. Esto implica que la casa imaginaria es, en buena medida, un espacio de juego simbólico, de ficción compartida, donde se construye identidad y se resignifica la realidad social. Desde este enfoque sostiene:

La experiencia de sentirnos parte de un conglomerado humano que comparte y reestrena los símbolos para descifrarse, expresarse y habitar el territorio del lenguaje es la que otorga sentido a la literatura y esa revelación se hace patente en los primeros años de vida. En esa arista que mezcla lo universal con lo particular y que nos permite reconocernos, diferenciarnos y construirnos mediante el diálogo con las páginas de la cultura, encuentro una justificación profunda para incluir la formación literaria en la canasta familiar de nuestros niños, como alternativa de nutrición emocional y cognitiva y como equipaje básico para habitar mundos posibles, a la medida de cada ser humano (Reyes, 2017: 13).

² Conferencia en el Encuentro Leer con todo, del Plan Nacional de Lectura (Ministerio de Educación) el 4 de febrero de 2015.

Sin embargo, en sociedades caracterizadas por la desigualdad y el descuido, a medida que van creciendo, los chicos y las chicas van conociendo las otras casas, las otras palabras, van experimentando hechos difíciles de explicar, actos que no conciben con lo que debiera ser según las convenciones sociales, sintiendo el peso de silencios que nombran su realidad. Y si bien el desarrollo del lenguaje les permite interactuar, dirigir un pedido, dar a conocer una necesidad, dialogar, no todas las palabras o estructuras de la comunicación les sirven para devolver al ambiente sus sensaciones profundas. Hay emociones y sentires que solo se pueden vehicular a partir de otros encuadres, espacios que habiliten la acción de conmoverse. La literatura, la música, el juego, ayudan a transmitir percepciones, preocupaciones y deseos, utilizando criterios distintos a los que usan otras formas discursivas (Gómez, 2023).

De allí la importancia de que existan espacios poéticos para los chicos y las chicas en contextos de dificultad, ya que, además de permitirles disfrutar de la interacción con la belleza, imaginar y crear, estos espacios pueden aportar una cuota de reparación y fortaleza para hacer frente al despojo. Algo así pareciera subrayar Michele Petit (2015) cuando recalca que la literatura

Sirve para interponer entre lo real y cada uno un tejido de palabras, de conocimientos, de historias, de fantasías, sin el cual el mundo sería inhabitable [...] sirve para dar a lo que nos rodea una coloración, un espesor simbólico, imaginario [...] Esto permite construir una suerte de reserva poética y salvaje en la que siempre se podrá abreviar para dar forma a lugares donde vivir, a “habitaciones propias” donde pensar (Petit, 2015: 53).

La caja de lo frágil

Una vez, en los talleres construimos “la caja de lo frágil”. Allí guardamos un nido que puede haber sido de calandria, zorzal o benteveo. Algún pájaro que lo construyó, lo usó y se fue. También tenemos una caracola, rastro de una especie que siguió su rumbo, pero dejó su casa. Y entre muchas otras cosas, como un frasco de semillas y un reloj muy viejo que detuvo su hora, tenemos unas breves piedras volcánicas que pesan casi nada. La caja nos propone resolver algunas preguntas, sobre las que desarrollamos hipótesis poéticas: ¿es frágil o fuerte un nido que se nos está desarmando cada día un poco más y casi ya no podemos agarrarlo sin que se desprenda un pedacito? ¿Es frágil o fuerte esa caracola que tomamos con cuidado porque si cae desde la altura de alguno de nuestros enojos cotidianos puede partirse en dos pedazos? ¿Es frágil o fuerte una piedrita que salió de adentro de una montaña en la que vivió miles de años, flotó días en el cielo y fue a apoyarse en suelo patagónico? Solemos variar nuestras respuestas, ningún poeta es dueño de determinar, de una vez y para siempre “fragilidad y fortaleza”.

Quienes viven en barrios acostumbrados a la pobreza, a la acumulación de basura, al calor sin árboles y el frío sin reparo, a las violencias, al estigma y la discriminación, no dejan de ser seres con necesidad de nombrar poéticamente su entorno, de encontrar el domicilio de la belleza cerca de su casa. Tampoco dejan de necesitar una metáfora para el dolor, para la pérdida y también para las ganas de vivir y divertirse, los chicos y chicas que, por diferentes motivos, han sido desvinculados de sus familias y viven

en hogares, esperando que se modifiquen las condiciones que generaron la medida de abrigo o que nuevas familias los adopten. En esos territorios, que atentan contra la fantasía presentando a personas chiquitas problemas de personas adultas, la literatura puede ofrecer palabras para interpretar, para denunciar, para contar cómo ellas decidan lo que resulta difícil de explicar, por injusto o por doloroso.

La necesidad de contar con un universo amplio de palabras e imágenes hay que contextualizarla, además, en una época en la cual, desde distintas perspectivas y por distintos canales, avanza un discurso apocalíptico, que va desde la crisis ambiental hasta el crecimiento de la desigualdad social, la profundización de las violencias, el deterioro de la salud mental, la pantallización de la vida cotidiana y su arrasamiento sobre lo sensorial y sobre el encuentro entre personas.

En ese aire espeso de nuestra desesperanza, los chicos y las chicas tienen que inventar el futuro como un lugar habitable al que querer llegar. Les toca saltar las microdosis cotidianas de desaliento que nutren crianzas, programas políticos, instituciones y comunidades, para sobrellevar la experiencia que les fue otorgada: vivir la vida.

Si bien esa tarea atraviesa a todas las niñeces, resulta más desafiante en escenarios de dificultad, ya que los bienes culturales no se encuentran igualmente distribuidos, sino que, como los demás capitales de la sociedad, suelen concentrarse en ciertos sectores y faltar en otros, condicionando injustamente el disfrute y la riqueza de sus vidas. Los libros, la música, la danza, el teatro, las múltiples formas del arte son bienes de la humanidad, que deberían ser igualmente ofrecidos en todos los territorios y clases sociales y no depender del ámbito privado o familiar en el que por azar se nace o se crece.

Así como el algoritmo selecciona productos para cada grupo de consumidores, estrechando el universo de sentidos compartidos, borrando las singularidades de las culturas, anulando la diversidad que ha sabido caracterizar a nuestras sociedades mestizas, la desigualdad social también selecciona qué niñeces pueden acceder al arte, a los idiomas, a la naturaleza, a la alimentación sana y cuáles no. Esto no solo configura una injusticia para los chicos y chicas que ven interrumpidas sus trayectorias escolares, desfinanciados sus lugares de juego y recreación o deteriorados sus ambientes naturales, sino que es una mala noticia para la sociedad en su conjunto, porque ellos y ellas son portadores de cultura, talentos, imaginación, creatividad, dulzura, deseos, y convendría que pudieran compartirlo para que la belleza, ese sustantivo abstracto, tan difícil de definir y a la vez tan bien entendido por las niñeces, crezca y se expanda.

Dice Michel Petit (2023):

La belleza es, en muchos sentidos, una dimensión esencial para los humanos (y quizás para los animales), una necesidad universal, aunque respondamos a ella de formas muy diferentes según la época, los grupos culturales, las categorías sociales y los rasgos individuales. Algunos son más bailarines, más narradores, más pintores, pero siempre hay una poética, la utilidad no nos basta. Y desde el momento que tenemos esta necesidad de belleza, todos tenemos derecho a ella (Petit, 2023: 37-38).

Y ahora, volviendo sobre lo frágil y lo fuerte, diría que no solo las piedras volcánicas atraviesan la furia para caer livianas y suaves. Sobre los escombros de las destrucciones, varios son los que construyen un paisaje, echando mano a algunas herramientas, como una biblioteca en Villa Soldati, una orquesta en “la Gardel” o un Korczak en el gueto de Varsovia. La fortaleza, tal vez, resida en reconocernos frágiles buscadores de un sentido para nuestra existencia en el contexto que nos toca. ¿O acaso a alguien se le ocurre que a los recién llegados a este mundo les parecerá deseoso recorrerlo si un coro de adultos –en persona o en pantalla– confirmamos que el futuro es aún peor que el desastre que ya encuentran?

En la caja de lo frágil quisiera encontrar una carta de alguno de los chicos o las chicas que participan de los talleres, dentro de muchos años. Un papel que diga –con letras que sigan existiendo– que es un día de sol y que una calandria, un zorzal o un benteveo hicieron nido en el patio de la casa.

Cauces que corren bajo nuestros pies

En uno de los talleres de la Casa de Abrigo leímos el capítulo “Querido Melli” del libro *¿Quién Soy? Relatos sobre identidad, nietos y reencuentros*. Nos conmovió el texto que recrea una serie de cartas de una hija de desaparecidos a su hermano mellizo, el cual ha sido apropiado luego de la detención de su madre y con el que aún no se reencontró. El título del libro fue sugerente y nos invitó a un recorrido que duró varios meses en torno del tema de la identidad y la historia.

Comenzamos preguntándonos por la identidad de cada uno, de cada una, los lugares de nacimiento y los recorridos, las características personales y las historias familiares. Continuamos reflexionando sobre la historia en común y la identidad comunitaria. La pregunta “¿Quién soy?” derivó en “¿Quiénes somos?” y salimos a caminar por el barrio, a conocer y preguntar. Entrevistamos a personas mayores que nos contaron cómo era el territorio en el pasado, a qué jugaban, cómo eran las casas y calles, cómo las celebraciones. Viajamos por fotos viejas del municipio y visitamos museos. En ese andar descubrimos que, entubado debajo del pavimento, corre el Arroyo Morón. Y nos detuvimos a preguntar por ese cauce de agua que, invisible, forma parte del ecosistema.

¿Qué dice tu silencio? ¿Cuál es tu profundidad? ¿Cómo es ser amigo del atardecer? ¿Cuáles pájaros te sobrevuelan? Las preguntas que formulamos para el arroyo sirvieron también para que cada cual pudiera autopreguntarse por lo propio y responderse. El trabajo continuó fuera del salón, el día que cruzamos la autopista y llegamos a un rincón desde el cual se puede ver la salida del arroyo del tubo que lo contiene. A su vera encontramos plantas nativas, mariposas y hasta un lagarto overo. Encontramos naturaleza en pleno primer cordón del Conurbano Bonaerense.

Quiere decir que un libro pudo preguntarnos por la identidad, que un libro nos llevó a un arroyo. Que el territorio pudo ser mirado con nuevos ojos, abrió curiosidades, entabló relaciones con los vecinos. El pasado y el presente mostraron diferencias y también continuidades. Mientras tanto, en ese territorio re-conocido, la historia individual pudo apoyarse en la historia colectiva, para

explicarse más completa. En definitiva, no somos soledades, somos personas enlazadas por una cultura, por una historia, por una identidad común. Y fortalecer ese lazo alivia lo que individualmente es difícil soportar.

La búsqueda del arroyo me permite reflexionar sobre la posibilidad de interactuar con el entorno a partir de la lectura, de la escritura, de la pregunta y la conversación. Y también sobre la importancia de generar acciones significativas que amplíen el acto de leer/escribir a la situación de habitar el ambiente con oídos poéticos, de entrenar los ojos para encontrar detalles, los tonos de la voz para comunicar distintas sensaciones. Ese ejercicio atraviesa los talleres habilitando cada vez un poco más al cuerpo entero, que se disponga a contar una historia. Porque si hay una acción que nos vuelve profundamente humanos es esa: la posibilidad de contar y de contarnos.

Graciela Montes (1999), reflexionando sobre políticas y estrategias para la lectura y alertando sobre ciertos circuitos clausurados de la sociedad, ámbitos aislados sin comunicación entre sí, se pregunta:

¿Cómo hace un lector para transitar de un circuito a otro? La pregunta que me hago es acerca de las posibilidades reales que tienen los miembros de la sociedad para moverse libremente por la cultura [...] ¿Qué puentes naturales ofrece la sociedad a sus miembros para que puedan convertirse en “dueños” o al menos “usuarios desenvueltos” de su cultura? (Montes, 1999: 13).

Recupera una anécdota familiar de abuelos analfabetos e hijos muy ávidos e interesados por la lectura, para contar que en la biblioteca se encontraban todos, no se convertían en especialistas ni en personas especialmente cultas, pero sí en lectores, paseantes de la cultura. Podían hurgar, buscar, curiosar.

Algo así siento que pasa en los talleres literarios. Los chicos y chicas no siempre tienen ganas de escuchar un cuento, de mirar un libro, de escribir un poema. Diría que las más de las veces preguntan por el qué vamos a hacer a partir del libro, cuento, poema, y si les divierte esa segunda parte se predisponen a la primera. Resulta importantísimo que en cada taller las manos se usen para algo: pintar, cortar, pegar, coser, clavar, cantar, actuar. En este caso, no se practica mucho la abstracción de una lectura que se circunscribe a contar lo que alguien escribió y nada más.

Recorrer el territorio, preguntarse por el cauce del Arroyo Morón, salir a hacer entrevistas, tal vez fue parecido a ser “lectores paseantes de la cultura”. Abrió la posibilidad de reescribir con las propias palabras el presente a partir de conocer el pasado y, sobre todo, la posibilidad de imaginar el futuro. Tal vez por eso, el trabajo de ese año terminó con un proyecto de señalización del recorrido del arroyo, para que todos los vecinos puedan conocer qué es lo que corre bajo sus pies.

Mi barrio te lo cuento yo, que lo conozco

Hasta aquí, resaltamos la importancia de que chicos y chicas puedan tener una voz con la que decir, una palabra propia que les permita contar y contarse, y subrayamos que, además de las palabras, se necesita desarrollar la observación poética, para encontrar detalles de belleza en el propio entorno. Esto nos permite volver a la pregunta sobre el territorio, que puede ser leído y escrito por ellos, por ellas, que son parte fundamental de su historia, del presente y, sobre todo, de los posibles futuros.

Si recordamos que la Ley N° 26061 establece que niños, niñas y adolescentes tienen derecho a tener sus propias ideas, ser oídos y que su opinión sea tenida en cuenta, veremos que el desarrollo de la palabra en la niñez no es una aspiración que debe cumplirse solo si queda tiempo luego de satisfacer otras necesidades ni es una opción que puede ser priorizada o no en función de los recursos disponibles, es una exigencia para la comunidad adulta y especialmente para el Estado que, en sus distintos niveles, debe procurar las condiciones para que dicha opinión pueda elaborarse.

Yolanda Reyes (2017) señala que “la madre pasa por el corazón aquello que alguna vez alguien le cantó y que dejó escrito en el fondo de su memoria y le entrega a su hijo ese legado inmaterial, cuando lo mece y lo envuelve en palabras” (Reyes, 2017: 40). Cabría pensar qué otras redes de personas adultas pueden reemplazar a los progenitores cuando no se encuentran disponibles para la gran tarea de entregar el legado del lenguaje a sus hijos. De allí que podamos pensar, desde las instituciones de cuidado, ese momento en el que un niño recibe las palabras, las historias, las creencias, las canciones y, con ellas, la posibilidad de desenvolverse en su cultura, compartiendo sentidos, construyendo armonías y aportando lo propio para enriquecer el mundo en el que ha nacido.

Algunos barrios, caracterizados por la vulnerabilidad socioeconómica y habitacional, imprimen en las vidas de sus habitantes recorridos y prácticas muy particulares. Cuando las familias no pueden resolver individualmente o a través del mercado sus necesidades, como ser la alimentación; los servicios de agua, luz, gas; el acceso a la salud y la educación, al deporte, al juego, a la seguridad, entre otras cosas, la comunidad se vuelve imprescindible. La vida cotidiana, entre casas de puertas abiertas, plazas, canchitas, capillas, comedores, se desenvuelve con un ritmo propio, distinto al que caracteriza a otros barrios. En estos entornos, la pertenencia comunitaria puede colaborar con la resolución colectiva de necesidades, pero también puede ser fuente de estigma, frente a ciertos discursos externos que buscan describir a las personas resaltando los problemas y falencias del territorio en el que viven por sobre sus características positivas u otras variables que las constituyen. En este marco, que sean los chicos y las chicas quienes puedan presentarse y presentar a su barrio, con sus propias palabras, no solo contribuye a disminuir el discurso adultocentrista que suele caracterizar a nuestra sociedad, sino a romper ciertos prejuicios que impactan sobre la integración en la diversidad y la convivencia.

Dice Claudia Masin (2022) que las palabras pueden enfermar, pero también pueden curar: “Las palabras crueles se inscriben en el cuerpo como la marca a fuego en la grupa del caballo. Las palabras son actos. Son algo que hacemos y que nos hacen” y se pregunta “¿Es posible que nuevas combinaciones

de palabras puedan suavizar el poder de aquellas, o incluso anularlo?”. Yo creo que sí, que la palabra propia puede reparar, en la medida que nos deja hacer algo con lo que hicieron de nosotros.

Por eso es importante que chicos y chicas puedan cartografiar sus propios territorios, nombrarse, contar su historia como elijan contarla. Porque como dice María Teresa Andruetto (2015)

Cada uno de nosotros construye (para sí, para otros) a lo largo de la vida un relato que constituye nuestra identidad, una narración que nos vuelve únicos ... Si no tenemos eso, si no podemos decidir cuál es nuestro relato, no podemos tampoco tenernos a nosotros mismos. Es esa la historia que vamos construyendo (la que nos tiene por personajes principales y convierte nuestros episodios de vida en escenas cruciales), esa historia que aprendemos al mismo tiempo en que vamos contándola, la que nos vuelve únicos.

En el CDI salimos a entrevistar a los vecinos, a los comerciantes, les preguntamos sus historias, armamos un mapa bien grande, ubicamos las casas, las escuelas, las plazas. Sobre ese mapa creció una maqueta que se llenó de preguntas: ¿dónde aprendiste a andar en bici? ¿En qué lugar se te cayó tu primer diente? ¿Cuál es el rincón donde recordás un beso? ¿Dónde está el mejor suelo para ganar a las bolitas? También construimos un crucigrama para jugar con los vecinos a responder preguntas: ¿cuál es la música que más se escucha en el barrio? ¿Cuál la fiesta que en febrero pinta el barrio de colores? ¿Cuál es el transporte más utilizado? ¿Cuáles chismes corren más rápido? También salimos a buscar detalles, cuaderno en mano, como ser “un rayo de sol de invierno”, “un camino de hormigas”, “una gota de silencio”, imágenes que se pudieran describir, interpretar.

Este trabajo se plasmó en una revista que fue impresa y distribuida en la fiesta de fin de año y fue nuestra forma de decir, entre tantas definiciones externas, “acá estamos los chicos del barrio, para contar quiénes somos”.

Algunas conclusiones, por ahora

En las instituciones que brindan cuidados a chicos y chicas, ya sean dispositivos convivenciales o comunitarios, se acompaña el juego, la alimentación, la sana de las lastimaduras, el dolor de oído, el miedo, las furias, el sueño. ¿Cómo no vamos a interpelarnos en nuestras capacidades de acompañar también la creación y el cuidado de la palabra propia? ¿Cómo no vamos comprometernos en la búsqueda de una metáfora que nombre lo que pasa, en la necesidad de chicos y chicas de ubicar la propia historia en un escenario mayor enriquecido por múltiples posibilidades de ser y estar en el mundo? ¿Cómo no vamos a buscar la belleza con ellos, con ellas, incluso en medio de la tormenta, donde otras tantas urgencias nos convocan a intervenir?

Si bien la poesía no soluciona la forma en que dolores e injusticias se apoyan sobre el cuerpo de los chicos, si bien la poesía no llena platos, no emparcha chapas, no limpia arroyos, no quema basura,

no ofrece familia, mientras todo ese sinsentido presenta el mundo, tener cómo nombrar o, lo que es mejor, imaginar cómo podría ser diferente, es tal vez una herramienta que permite transitarlo.

El espacio, los materiales, el tiempo, la disposición humana para la escucha, para el encuentro son herramientas fundamentales para que chicos y chicas puedan desarrollar su palabra propia, puedan desplegar su mirada poética, puedan elegir qué contar y cómo presentarse. Confiar profundamente en esa palabra, sin subestimarla, disfrutarla, agradecerla, construye relaciones de respeto y reconocimiento que mejoran los vínculos y crean fortalezas personales. Esta posibilidad de crear, de realizar la propia obra, con su textura, temperatura y tonalidad particular, genera bienestar, permite cierta armonía con el entorno y nos vuelve a la esencia humana, en una época inundada de artefactos tecnológicos, que aplanan y enfrían toda propuesta de interacción. Y si esa pequeña o gran obra resuena en otros, es festejada, aplaudida, celebrada, no solo genera bienestar, también genera autoestima y seguridad, cualidades que permiten moverse con mayor soltura en el presente y animarse a inventar un futuro.

Referencias bibliográficas

- Andruetto, M. T. (2015). *La lectura, otra revolución. Espacios para la lectura*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gómez, A. (2023) La poesía y el abrigo. La experiencia de un taller literario en una casa de abrigo para las niñas y adolescencias. *Ts. Territorios-Revista de Trabajo Social* 7, 251-258.
- Masin, C. (2022). *Curar y ser curados. Poesía y reparación*. Buenos Aires: Las Furias Editora.
- Montes, G. (1999). *La frontera indómita. En torno a la construcción y defensa del espacio poético*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Petit, M. (2015). *Leer el mundo. Experiencias actuales de transmisión cultural*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Petit, M. (2023). *Somos animales poéticos: Algunos usos de los libros y el arte en tiempos críticos*. México: Océano Travesía.
- Reyes, Y. (2017). *La casa imaginaria. Lectura y literatura en la primera infancia*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.